

Lecturas para llevar

Lecturas para llevar



Ilustración: Pablo Amargo



Lecturas para llevar

Lecturas para llevar

Lecturas para llevar

Lecturas para llevar

Lecturas para llevar

Lecturas para llevar

Lecturas para llevar

De todas las formas de viajar, prefiero el lomo de los pájaros.

Así que espero que hoy alguno se pose en este chañar que durante los últimos días me ha servido de casa. Mi morral, hecho de raíces, ya está listo: un cuaderno, una bufanda, una manta que también me sirve de almohada, y mi ocarina. Hoy comienzo mi viaje por los árboles de Chile. Lo hago cada año y nunca dejo de aprender y sorprenderme:

La fuerza de los tamarugos, que crecen casi sin agua;

el crepitar del quillay al florecer;

el aroma del boldo.

Atención, parece que escucho un aleteo...

Ilustración: Ester García

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada

El viaje de arbóreo, de María José Ferrada



Que la Tierra era redonda, eso lo sabía.

Es una esfera y si se avanza en línea recta, se regresa de nuevo al lugar de donde se ha partido. Si él ahora se levantara de la mesa y se alejara, regresaría más tarde por el otro lado a la mesa. [...]

—¡Avanzaré en línea recta! —gritó el hombre que ya no tenía nada que hacer, pues quien no tiene nada que hacer puede perfectamente avanzar en línea recta.

Entonces se levantó de la mesa, salió de su casa, miró en la dirección por donde quería ir y vio otra casa.

Su camino pasaba exactamente por encima de esa casa y no debía rodearla, pues así podría perder el rumbo.

Por tanto, aún no podía comenzar el viaje.

Volvió a la mesa, cogió una hoja de papel y escribió: "Necesito una escalera grande". Entonces pensó que detrás de la casa comenzaba el bosque y que algunos árboles se levantaban en medio de su camino y él debía escalarlos, por lo que escribió en su papel: "Necesito una cuerda, necesito crampones para los pies".

Escalando, uno puede herirse.

"Necesito un botiquín", escribió el hombre.



Ilustración: Federico Delgado

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El hombre que ya no tenía nada que hacer, de Peter Bichsel

El capitán volvió a leer la tarjeta del rey, después preguntó:

- ¿Puedes decirme para qué quieres el barco?
- Para ir en busca de la isla desconocida.
- Ya no hay islas desconocidas.
- Lo mismo me dijo el rey.
- Lo que él sabe de islas lo aprendió conmigo.
 - Es extraño que tú, siendo hombre de mar, me digas eso, que ya no hay islas desconocidas. Hombre de tierra soy yo, y no ignoro que todas las islas, incluso las conocidas, son desconocidas mientras no desembarcamos en ellas.
 - Pero tú, si bien entiendo, vas a la búsqueda de una donde nadie haya desembarcado nunca.
 - Lo sabré cuando llegue.



Ilustración:
Fatinha Ramos

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

El cuento de la isla
desconocida, de José
Saramago

Se iba acostumbrando a este modo de viajar y a la velocidad, sin pensar en otra cosa que en mantenerse sobre las espaldas del pato; comenzaba a observar las innumerables bandadas de pájaros que poblaban el espacio, todos en marcha hacia el norte, escuchando los gritos y llamamientos que se dirigían unos a otros.[...] Y escuchando estas gracias reía el muchacho. Después lloraba al asaltarle la idea de su desgracia, para reír de nuevo un poco más tarde.

Nunca había viajado con la vertiginosa rapidez de entonces; [...] jamás imaginó que el aire fuese allá en lo alto de tan deliciosa frescura ni que se aspiraran tan olorosas fragancias, emanadas de la tierra humedecida y de los pinares resinosos. Esto era como volar por encima de las penas.



Ilustración: Yvan Duque

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

El maravilloso viaje de
Nils Holgersson, de
Selma Lagerlöf

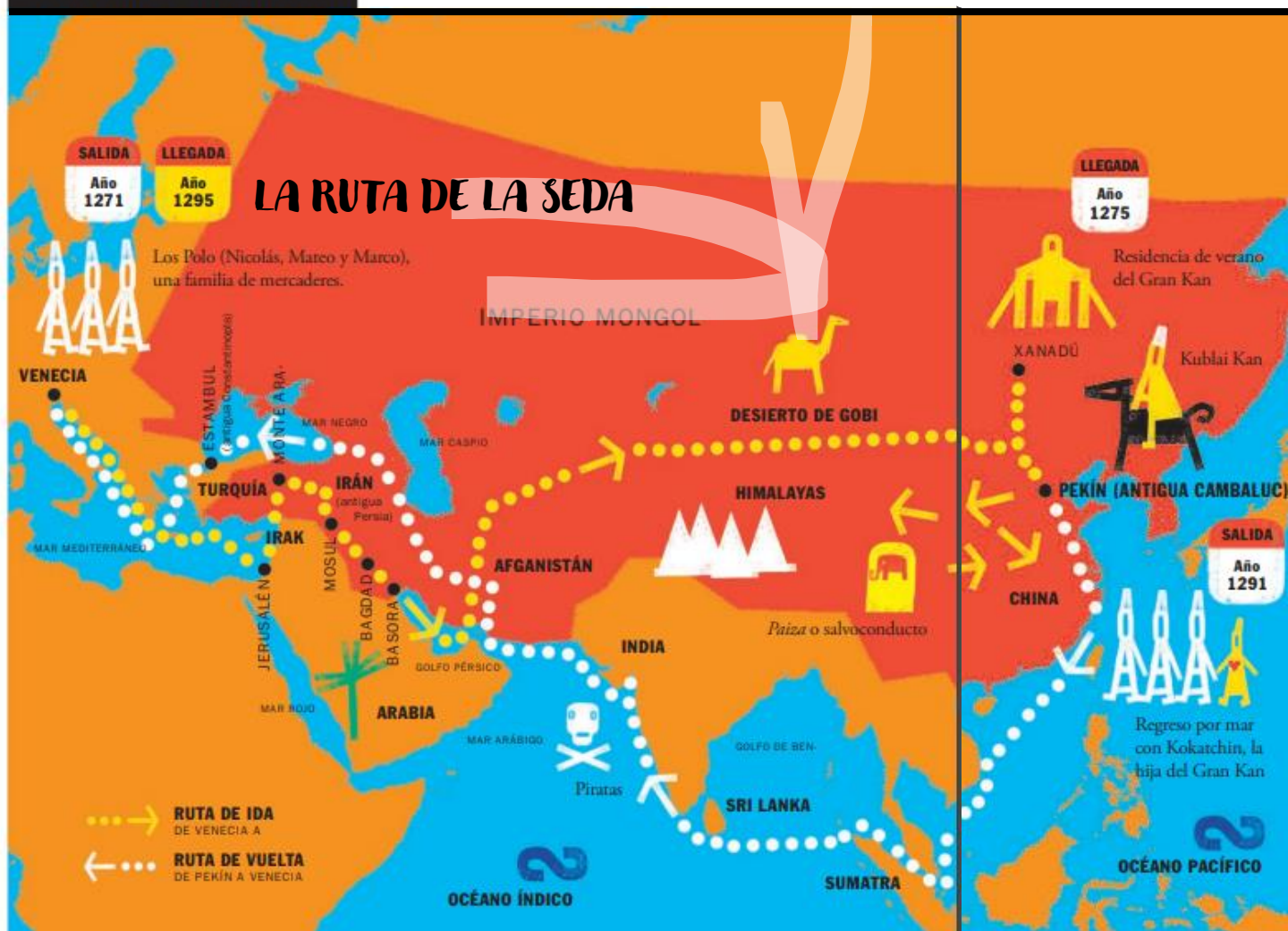


Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.

Viajaron al sur.

Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.

Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura. Y cuando por fin consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre: —¡Ayúdame a mirar!



A lo largo de todo el viaje, Marco escuchó las historias sobre Kublai Kan y los anteriores emperadores mongoles que le contaban su padre y su tío, así como las innumerables gentes con las que se cruzaron por el camino.

Contaban, por ejemplo, cómo dirigía a sus ejércitos. Decían que Kublai Kan iba a la batalla en un castillo de madera que portaban cuatro elefantes ricamente engalanados.

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Historias increíbles,
de Montse Ganges

Calvin y Hobbes

WATTERSON

MUCHA GENTE NUNCA TIENE LA OPORTUNIDAD DE CAMINAR EN UN BOSQUE.



Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

Calvin y Hobbes, de Bill Watterson

De tres hermanos el más grande se fue
Por la vereda a descubrir y a fundar
Y para nunca equivocarse o errar
Iba despierto y bien atento
a cuanto iba a pisar.

De tanto en esta posición caminar
Ya nunca el cuello se le enderezó
Y anduvo esclavo ya de la precaución
Y se hizo viejo, queriendo ir lejos,
con su corta visión.

Ojo que no mira
más allá no ayuda el pie.

De tres hermanos el de en medio se fue
Por la vereda a descubrir y a fundar
Y para nunca equivocarse o errar
Iba despierto y bien atento
al horizonte igual.

Pero este chico listo no podía ver
La piedra, el hoyo que venía a su pie

Y revolcado siempre se la pasó
Y se hizo viejo, queriendo ir lejos,
a dónde no llegó.

Ojo que no mira
más acá tampoco fue.

De tres hermanos el pequeño partió
Por la vereda a descubrir y a fundar
Y para nunca equivocarse o errar
Una pupila llevaba arriba
y la otra en el andar.

Y caminó, vereda adentro, el que más
Ojo en camino y ojo en lo por venir
Y cuando vino el tiempo de resumir
Ya su mirada estaba extraviada
entre el estar y el ir.

Ojo puesto en todo
ya ni sabe lo que ve.

Óyeme esto y dime,
dime lo que piensas tú.



Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

Fábula de los tres
hermanos, de Silvio
Rogríguez

El camino de Ankh-Morpork a Chirm es empinado, blanco y azotado por los vientos: treinta leguas de agujeros y rocas medio enterradas. Caracolea alrededor de montañas y se precipita en valles verdes de árboles cítricos, cruza desfiladeros en entretejidos de lianas que quieren parecer puentes y se le considera más pintoresco que útil.

Pintoresco. Era una palabra nueva para Rincewind, el mago. Una de las muchas que había aprendido desde que dejaran las ruinas humeantes de Ankh-Morpork. Otra era «típico». Tras un examen cuidadoso de los paisajes que inducían a Dosflores a utilizar la palabra pintoresco, Rincewind dedujo que significaba que el panorama era espantosamente abrupto. Típico, cuando la usaba para describir los escasos pueblos que atravesaban, quería decir ruinoso y destartalado.

Dosflores era un turista, el primero del Mundodisco. Según decidió Rincewind, turista significaba «imbécil».



Nuestro viaje fue tranquilo, aunque pasamos por una feroz tempestad que me veo obligado a mencionar, por las consecuencias que produjo. Se desencadenó cuando habíamos echado el ancla frente a una isla para aprovisionarnos de agua y leña, bramando con tal furia que arrancó e hizo volar gran cantidad de árboles. Era maravilloso ver cómo, a pesar de su peso, se mantenían suspendidos en el aire. Una vez calmada la tormenta, todos los árboles volvieron a caer verticalmente y echaron raíces con gran velocidad, de forma que era imposible advertir el menor vestigio de los daños del vendaval. Solo uno de los árboles, el más grande, fue una excepción. En el momento de la tormenta se hallaban en él un hombre y su mujer, recogiendo pepinos, que en esas latitudes crecen en los árboles. El asombrado matrimonio realizó su travesía con paciencia ejemplar. Su peso modificó la trayectoria del árbol, y en vez de caer vertical, cayó de costado.

El Cacique de la isla, temiendo morir sepultado, había abandonado su palacio y, una vez calmada la tormenta, regresaba a través de los jardines cuando el árbol lo aplastó y, por fortuna, lo mató al instante.



Ilustración: Gustave Dore

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe

Las aventuras del Barón Münchhausen, de Rudolf Erich Raspe



Ilustración: Philip Giordano

En las ramas de la
noche,

Una constelación de
luciérnagas

Sigue la ruta del sueño
en que viajamos.

Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

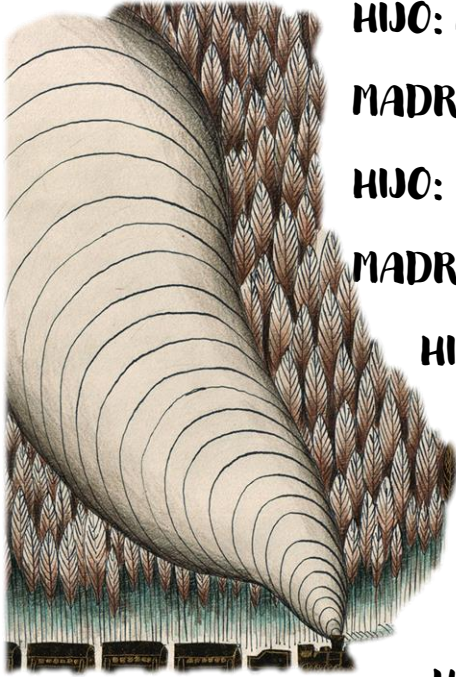
Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

Rutínero, de Níger
Madrigal

Apeadero de ferrocarril, mujer vestida de negro y niño triste. Tren gris y largo, dispuesto a reanudar la marcha.

Ilustración: Nicolai Troshinsky



HIJO: Madre.

MADRE: Qué.

HIJO: ¿Por qué anda el tren?

MADRE: Porque tiene humo

HIJO: Las casas también tienen humo.

MADRE: Sí.

HIJO: Pero las casas no andan.

MADRE: No

HIJO: ¿Por qué no andan?

MADRE: ¿Tú has visto andar a cosas que no tienen ruedas?

Pausa. El tren, por fin, reemprende la marcha.

HIJO: Madre.

MADRE: Qué.



HIJO: Yo también quiero irme.

MADRE: (Suspira) Mañana, mañana nos iremos todos. Hoy no.

HIJO: ¿Por qué no?

MADRE: Porque va a llover.

Silencio. El tren es ya un punto negro en la lejanía. Madre e hijo regresan lentamente a la aldea.

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

Historias mínimas,
de Javier Tomeo

—Lo correcto sería regresar a tu templo con la zorra, y dormir con una prenda del Rey de los Sueños de Todas las Noches bajo tu cabeza, pues es en sueños donde tu chica-zorro está atrapada.

—Si puedo preguntarlo sin recibir otro duro golpe contra mi persona —dijo el monje, vacilante—, ¿dónde puedo encontrar una prenda del Rey de los Sueños de Todas las Noches?

El viejo contempló al joven monje, y después contempló su vara tallada, y después suspiró, larga y ruidosamente, como un hombre muy anciano cuando intenta enfriar un tazón de sopa caliente.

Metió la mano en una manga y sacó una cinta de papel con algo escrito en ella, y entregó el papel al monje.



Ilustración: P. Craig Russell

El segundo príncipe volvió al cabo de tres años sucio y con sus ropas desgastadas, pero con una hermosísima rama de oro y joyas tal y como había pedido la princesa. A continuación relató cómo había llevado a cabo un viaje lleno de peligros y privaciones en el que casi pierde la vida. Las lágrimas empezaron a asomar en los ojos de Kaguya al imaginar el sufrimiento que había hecho pasar al joven cuando fueron interrumpidos. Seis orfebres buscaban al príncipe reclamando el pago por los tres años que habían pasado escondidos a su servicio construyendo la rama. Avergonzado, el segundo príncipe marchó fuera del país para no volver, mientras que Kaguya le devolvía la rama a los artesanos al tiempo que les pagaba por su trabajo.

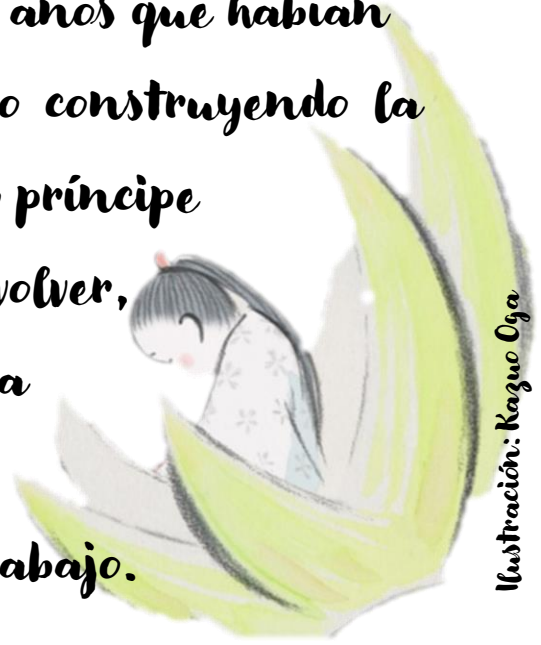


Ilustración: Kazuo Oga

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés

El cuento del cortador
de bambú, Cuento
Japonés